

NACIONALISMO: IDENTIDAD, EDUCACIÓN Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Jesús A. Valero Matas
Universidad de Valladolid

RESUMEN

El texto que aquí se presenta, realiza una reflexión de cómo el nacionalismo ha tomado la cultura como instrumento en su construcción, y se ha apoyado en la educación para alcanzar los objetivos deseados. A modo de reflexión, se realiza una sucinta observación de como las políticas educativas puestas en escena siguen los mismos parámetros de actuación que los nacionalismos. En este caso, el error está en que generalmente son empleadas para la asimilación y no la convivencia de diferentes culturas.

Palabras clave: Educación, Nacionalismo, cultura, identidad y construcción social.

ABSTRACT

The paper that here is presented, accomplished a reflection of how the nationalism has taken the culture as instrument in its construction, and how it has been supported in the education to reach the wish objectives. To reflection manner, it is accomplished a succinct observation of as the educational policies carried out continue, it continue the same performance parameters that the nationalisms. In this case, the mistake is in which generally they are employed for the assimilation and not for the different cultures living together.

Key Words: Education, Nationalism, Culture, Identity and social construction.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, hemos visto resurgir las identidades nacionales y, en su expresión más radical, el nacionalismo. La vindicación de identidades y nacionalismos tiene una larga historia, que permaneció latente durante décadas. La globalización y las crisis de identidad han traído de nuevo la aparición de conflictos étnicos, identitarios e ideológicos.

En cada una de las diferentes representaciones que podamos realizar de la identidad, bien sea el caso que aquí nos ocupa, el nacionalismo u otras, como el fundamentalismo o cualquier otro ismo, se han visto apoyados por la educación. Esta ha servido como instrumento de manipulación y adoctrinamiento por las instituciones dominantes, sean locales, regionales, nacionales o supranacionales.

Por lo tanto, debemos considerar que el nacionalismo es una cuestión subyacente de nuestra sociedad. Es un producto nacido de las transformaciones sociales, económicas y políticas acaecidas desde los principios de la humanidad. Atendiendo al proceso histórico, debemos preguntarnos: ¿cuándo tuvo su gestación el nacionalismo? La respuesta es harto compleja, porque desde tiempos remotos los individuos han tratado de agruparse en comunidades con elementos de identificación comunes: familia, religión, etnia, ideología, etc.

LA IDENTIDAD: ¿CULTURAL O INDIVIDUAL?

Antes de adentrarnos en la reflexión del nacionalismo es conveniente una sucinta conceptualización de la compleja definición de identidad, ya que la identidad es un elemento indispensable en la construcción de los nacionalismos, tanto como para combatir cualquier ideología excluyente.

Definir la identidad resulta bastante complejo. Para unos teóricos la identidad atiende a un criterio de multiplicidad, es decir, múltiples identidades, mientras otros hablan de identidad singular. Las distintas respuestas que podamos dar a la definición dependerán de la interpretación que proceda en función de lo materialmente observable o metafísicamente deducible. El individuo o actor colectivo tomará como referente al otro, pues de no ser así, difícilmente podrá construir su identidad. Para que exista identidad es necesaria la interpretación del otro como elemento ajeno a lo propio. Y desde esta perspectiva se observa que encontramos al menos dos identidades, la del Yo y la del Otro, por lo tanto, estamos como mínimo ante una dualidad de identidades.

¿Entonces la explicación debe realizarse desde la multiplicidad de identidades? No propiamente dicho, pues aunque hablamos de dos identidades, realmente encontramos una identidad que se superpone al resto de identidades, pero,

cada una de ellas es única. La reflexión debe plantearse desde el contexto que se tome como referente para analizar o interpretar la identidad, ya que se puede acometer desde la identidad individual producto del proceso de socialización o desde la identidad cultural consecuencia del sentido de pertenencia.

Explicar la identidad tomando como referente el contexto cultural, se realiza desde lo materialmente descriptivo, por considerarla como el conjunto de individuos que comparten una cultura, lengua, historia, territorio, antepasados y parentesco¹. Mientras que desde la perspectiva individual es desde lo metafísicamente deducible, pues intenta dar sentido al “yo transcendental” que justifique las acciones del hombre. De ello se deduce que la reflexión realizada desde la identidad cultural adquiere un carácter de unicidad, y llega a entenderse como algo neutro, por ser consecuencia de una transmisión a lo largo del tiempo y que, en ocasiones, sirve como instrumento de justificación en la asimilación o rechazo de otras culturas. Sin embargo, la interpretación llevada a cabo desde la identidad individual no toma este sentido, por tener un carácter ontológico y, por lo tanto, pierde su neutralidad por su atribución subjetiva. Sin embargo, al igual que en el caso anterior, cuando intenta imponerse a otras identidades se justifica trasladando el sujeto a un espacio atemporal e imaginario que refuerce e internalice los parámetros epistémicos² sobre los que se ha edificado la identidad.

Ninguna identidad adquiere el grado de nuclear, pues todas son periféricas, y se erigirán en nucleares según sea internalizado por el individuo o actor colectivo. Los individuos como miembros de una colectividad pero también como sujetos individuales y autónomos, pueden, y de hecho lo hacen identificarse en ocasiones tomando como referente la cultura, pero en otras ocasiones, la nación o la religión. Por lo tanto, no podemos hablar exclusivamente de identidad cultural o individual, sino que debe explicar la identidad desde la multidimensionalidad, pues los individuos o actores colectivos construyen su identidad desde la definición de uno o varios factores, es decir, la raza, la lengua, la nación, la religión, etc. Como expone Marín García (2002: 32): “Cada uno de nosotros tiene múltiples y complejas pertenencias a, si se prefiere, subidentidades, lo cual excluye que hablar de cada una de ellas, para caracterizarlas, se hable de tipos o niveles de identidades, que no son excluyentes; en este sentido hablamos de la identidad de género, familiar, étnica, etc.” Con esto de fondo, será conveniente hablar de interidentidad humana.

FACTORES QUE FAVORECIERON EL DESARROLLO DEL NACIONALISMO

La deteriorada figura y el mal hacer de los señores feudales fueron el detonante para la agrupación de individuos en entidades con potestad de decisión

para gestionar sus proyectos de vida. Algo similar aconteció con la primera revolución industrial, que con su hacer redujo a los artesanos al mero plano productivo despojándoles de su espacio de influencia. La concatenación de estos factores asociados a cuestiones intrínsecas del propio devenir social conllevaba soterradas cuestiones de identificación nacional, quizás no con el grado de interacción socio-político-económica que hoy incide en nuestra forma de entender la vida, pero indudablemente fueron el germen del nacionalismo moderno.

Una de las consecuencias que dio lugar a la agrupación de individuos en una unidad político estructural homogénea para constituir una entidad menor separada de la estructura feudal recayó en principios culturales. Mientras la estructura política en sus implicaciones fue homogénea no aconteció de igual manera con la composición humana que resultó ser heterogénea. En este punto debemos considerar que, hasta el establecimiento de agrupaciones humanas estables, muchos de los grupos tribales fueron deambulando por múltiples tierras hasta encontrar enclaves geográficos adecuados, como aconteció con los pueblos eslavos de Centroeuropa. La transformación del *modus vivendi* de estos pueblos nómadas a pueblos sedentarios llevó a distintas tribus a desplegar formas políticas y económicas de gestión en áreas geográficas cercanas. Esa tranquilidad de convivencia se vio trastocada por invasiones y políticas expansionistas de tribus guerreras, entonces estos pueblos tuvieron que adoptar mecanismos de defensa. La solución pasó por unificarse o someterse a unidades mayores. Las nuevas agrupaciones de individuos estaban amparadas por valores culturales muy diferentes, estableciendo una estructura social nueva y con una arquitectura cultural con mezcla de costumbres, hábitos, mitos, etc. Como aconteció durante la *pax romana* que demostró la posibilidad de convivencia y coexistencia de pueblos durante siglos. Los romanos con su política expansionista mantuvieron 5000 km de territorio unido bajo el imperio. En este periodo se sucedieron pequeños conatos de independencia por parte de los pueblos anexionados, pero éstos en ningún momento utilizaron la cultura como eje de independencia. Las luchas fueron contra las formas de gobierno romanas para con sus colonias. A pesar de ello, Roma logró mantener la armonía entre los pueblos al aplicar en su política colonial la incorporación de costumbres, ritos, religiones, etc., sometiendo a estos pueblos a los dioses y formas de vida romanas y gestionando la administración local bajo la tolerancia de culturas.

En este intento de alcanzar un equilibrio organizativo, la interacción humana intentó conjugar la base cultural de cada pueblo de manera que se inquirieran mecanismos de identificación comunes que dieran consistencia al grupo. El crisol cultural y étnico aparecido de esta obligada unión no se transformó en un rechazo de unos individuos hacia otros: todo lo contrario, apareció un componente de integración plena entre los distintos pueblos asociativos, de manera que podía pasar a formar parte de la organización territorial cualquier organización

tribal que quisiera incorporarse a esta relación asociativa de individuos.

Este tipo de ritual político se ordenó bajo la categorización de tres elementos: alteridad, pluralidad e identidad. Pasaron a ser los pilares que regían la administración popular manteniendo una función coherente y bien dirigida del grupo. El problema surge cuando uno de los tres principios se aísla de los otros, es entonces cuando los cimientos empiezan a resquebrajarse a consecuencia de la pérdida de consistencia. Cuando esto acontece se produce un efecto lapa. El principio disociador comienza a buscar elementos que den coherencia a su acción y refuerzan su posición para poder construir un nuevo sistema político, entonces el elemento disidente se asocia a cualquier componente diferenciador adquiriendo para sí, internalizando, sus características.

La pluralidad era muy corriente en la formación de las ciudades estado y durante su consolidación. El periodo formativo de los núcleos poblacionales se caracterizó porque cada grupo étnico-cultural mantuvo vivo sus valores y aceptó los principios culturales reguladores del otro, evitando la controversia y el rechazo del resto de los participantes. Aunque no se miraba la afiliación religiosa, cultural o étnica, la nota lingüística podía ser elemento de exclusión del otro, porque la colectividad interpretaba el uso de una lengua distinta como una amenaza al ensamblaje humano. Principalmente motivado por la imposibilidad de comunicación entre todos los miembros, pasaba a ser entendido como proceso de segregación entre los ciudadanos.

La alteridad o, mejor dicho, la doble alteridad³ fue sin duda el elemento clave para el mantenimiento del ritual social. Cada individuo elaboraba su propia observación hacia el otro, y analizaba las interacciones emanadas de las percepciones desde su yo hacia el otro y desde el otro a su yo, de manera que analizaba las implicaciones derivadas de su observación. En el proceso vivencial no intervenía únicamente la conciencia protectora del poder, también los miembros de la colectividad realizaban valoraciones de su mundo social. El sumergirse en ese mundo de internalización y externalización ponía en escena una defensa activa del sistema y desplegaba un proceso de control somero ante los posibles devaneos excluyentes (bien de grupos internos, del estado o incluso de agentes externos) de la estructura social.

La identidad del grupo⁴ giraba en torno a dos funciones. Una, procedente de la identificación con su grupo de pertenencia y, la segunda, la identificación con el grupo de referencia del nuevo estado. La identificación de ambos conceptos desencadenaba un fuerte sentimiento de identificación que cohesionaba la estructura social y construía un muro de contención impidiendo la disociación interna o la agresión externa, y ensalzaba los valores, costumbres, hábitos, la conciencia interna, etc., de la nueva “cultura popular” sobre la cual se había edificado el nuevo estado.

Las dependencias colectivas se desmoronaron al desintegrarse distintos elementos que hasta el momento habían estado entrelazados entre sí, de manera que cada uno de los componentes empezó su andadura por separado y la internalización colectiva se tornó en internalización individual, poniendo en la esfera social nuevos elementos de identificación particular que más tarde darían paso a una nueva forma de entender el proyecto de vida enclavado sobre principios económicos, el capitalismo.

El capitalismo atrapó a los individuos en una espiral centrífuga que proyectó todo su quehacer sobre principios económicos que acabaron por convertirse en vicios privados desechando la acción colectiva. La fuerza centrípeta social que había primado en los años de unificación acabó por desaparecer. El proceso para la creación de un estado cambió de dirección y el componente cultural de unidad frente al entramado arcaico de dominación pasó a tener un fondo ideológico. Las filosofías emergentes introdujeron en las conciencias humanas una dialéctica de lucha de clases, anteponiendo en sus discursos una retórica de la igualdad entre sus gentes, para hacerse con el poder y destronar a las jerarquías económicas. Para ello utilizaron la influencia de la cultura, las costumbres y los ancestros. En algunos casos crearon relatos y hazañas para sentar las bases del nacionalismo que se estaba fraguando, y emplearon nuevamente la cultura como sustancia adhesiva a la ideología nacionalista.

EDUCACIÓN Y NACIONALISMO

Para entender algunas de las cuestiones anteriormente dichas y entrelazarlas con los datos siguientes vamos a remitirnos a una acepción etimológica de nacionalismo “movimientos de los individuos que toman conciencia de constituir una comunidad nacional en razón de los vínculos históricos, étnicos, lingüísticos, culturales, económicos, etc., que les unen”⁵.

El mantenimiento de algunos imperios del absolutismo y el desarrollo del capitalismo hizo que los sectores incipientes (burguesía y proletariado) lucharan contra los monarcas y la vida social que giraba en torno a ellos. ¿Cuáles eran las claves? Los imperios y las naciones consolidadas bajo un crisol étnico educaban a los súbditos bajo principios igualitarios para crear una cultura uniforme e impedir el resquebrajamiento del nuevo Estado, como señala Graff⁶.

La función más elevada de la escuela moderna era enseñar un nuevo patriotismo más allá de los límites naturalmente reconocidos por sus alumnos. La escuela era el primer agente de socialización. El mensaje se comunicaba más eficazmente junto con la lectura y la escritura. La tarea de la escuela incluía no sólo el establecimiento de la unidad en una nación dividida durante mucho tiempo

por regiones, cultura, lengua y las persistentes divisiones sociales de clase y riqueza. Aprender a leer y a escribir implicaba la repetición constante del catecismo cívico nacional en el que el niño era imbuido de todos los deberes que de él se esperaban: desde defender el estado hasta pagar impuestos, trabajar y obedecer las leyes.

Durante unos años fue válido para el Estado pero a medida que fue desarrollándose el capitalismo aparecieron sectores divergentes a la aceptación de unidad de muchos pueblos. El capitalismo tuvo dos consecuencias, un mayor número de alfabetización y, por tanto, un incremento cultural. La segunda, una nueva forma de entender la política y de dominación. Estas dos consecuencias repercutieron entre las distintas territorialidades que conformaban la diversidad étnica del estado.

Esta educación nacional se puso en contra del Estado unificador cuando las elites locales empezaron a perder su influencia producto de la centralización del nuevo poder. Entonces los líderes locales con el objeto de frenar las intenciones estatales y no olvidar sus rasgos específicos crearon su propio sistema educativo de adoctrinamiento y fundaron pequeñas escuelas donde se enseñaba el espíritu regional. Ante las amenazas y desmitificación de su base cultural junto a las fluctuaciones morales y problemas coyunturales reforzaron sus raíces identitarias alterando algunas de las costumbres heredadas, otras se inventaron y otras se adaptaron a las nuevas necesidades.

El nuevo estatus nacional central supuso para la cultura local una pérdida de valores identitarios como en algunos casos fue la lengua vernácula. La imposición de una *cultura unificadora* trasladando lo propio al fondo de un baúl en favor del adoctrinamiento de la “cultura popular unitaria”. Esto resultó ser un arma arrojadiza contra el Estado y el mecanismo de aculturación se volvió contra sí, al utilizar los cabecillas locales los mismos procedimientos para reeducar a los suyos.

El círculo dominante central tenía unos intereses culturales y sociales diferentes a los líderes locales. Los primeros utilizaron los mecanismos culturales nuevos para eliminar la identidad regional con un derecho y educación común, no reparando en las diferencias culturales y los rituales que diferenciaban a las distintas nacionalidades integradas en el estado. Conscientes de la situación, los nuevos salvadores de la identidad de las minorías nacionales se apoyaron en lo contrario de lo establecido por el Estado centralizado reivindicado el derecho a la autonomía, el derecho a la diferencia, el derecho a una cultura propia, etc. El vacío manifestado entre el Estado y los distintos grupos étnicos se debió a la laguna del proceso político y cultural diseñado para con las minorías. Los políticos de la minoría recurrieron a la simbolización de su espacio geográfico con el objeto de generar una mayor identidad. Al respecto dice Melucci⁷:

Los componentes innovadores de los movimientos etno-nacionales, a pesar de una cuestión de minoría ligada a su lucha contra la discriminación y por los derechos políticos también posee un carácter predominantemente cultural. La llamada étnica lanza su desafío a las sociedades complejas en cuestiones tan fundamentales como los objetivos del cambio y la producción de identidad y de significado.

Sobre la imagen de nación, el nacionalismo edificará su ideología de identificación popular y pondrá en escena la interacción entre sujetos bajo el concepto de identidad nacional... Como bien expuso Gellner⁸.

El nacionalismo no es el despertar de las naciones a la conciencia de sí; inventa naciones donde no existen, pero necesita que existan de antemano algunos signos distintivos en los que basarse, *incluso cuando su desarrollo conlleve el encerrar en círculos herméticos su propia identidad.*

Debemos entender que en los procesos de formación de los nacionalismos intervienen distintos factores que median en la estructuración de entes políticos y sociales, y vienen seguidos de las transformaciones propias del avance social, aunque en muchas ocasiones los mecanismos para imponer sus principios desintegren la simbología que ha mediado en el transcurso del anterior sistema. De ahí, podemos añadir que la línea de consolidación de identidades nacionalistas no son más que otra forma de invención de culturas donde sus progenitores lo elevan a un orden secundario a través de la ideología apoyándose en los movimientos sociales.

En ese intervalo de consolidación de la identidad se crea una dependencia del espacio social. Los individuos cuando toman contacto con el entorno son adoctrinados, socializados y educados según valores, creencias, costumbres, hábitos y prácticas propias del intragrupo. En esta aproximación al entorno, es cuando el actor reflexiona e internaliza los elementos para sí y adquiere un compromiso con el grupo, quedando subyugado a los intereses ideológicos del nacionalismo. Esta concepción incondicional dada al nacionalismo fue utilizada por las elites locales para alcanzar los objetivos prediseñados y utilizaron la cultura como inductor a la disgregación con el grupo dominante, a la vez, que fomentaron solidaridad del grupo aludiendo intereses de la minoría⁹.

En esta misma línea de análisis encontramos dos aspectos característicos de este periodo y que más tarde serán argumentos de los nacionalismos posteriores, la comunidad imaginaria y el despegar nacional. Para poner en funcionamiento la sociedad imaginaria, los “padres” del nacionalismo eran conscientes de la necesidad de dotar de una base sólida a su movimiento y, para hacerlo viable se acogieron a principios ordenadores basados en halos mitológicos con el objeto

de ofrecer a la comunidad nacional un modo de actuar sobre el universo, asegurándole su posición moral, espiritual y material ante un mundo que se toma lleno de incertidumbre. Este uso de la mitología tenía un sentido de protección y recolocación del individuo en ese mundo extraño y complejo dotándole de sentido social. Por supuesto, para poner en funcionamiento estos mecanismos de absorción e identificación de los individuos de forma emotiva, era necesario ahondar en lo más intrínseco del ser humano y tomar como referente los ancestros. A partir de este momento comenzaron a dar forma a sus mecanismos de acción dibujando por medio de la animación mundos imaginarios y se presentaban como salvadores de la causa local o regional y, en el mejor de los casos, se inventaron una “cultura popular nacional” para dar sentido a su ideología nacionalista. Esta práctica era bastante común en sociedades primitivas:

Esas historias [mitos] no deben su supervivencia a un interés gratuito, no se los considera como cuentos imaginarios, ni aún relatos automáticos, constituyen para él (*hombre desprovisto de sentido de la vida*) la expresión de una realidad primordial, y, sobre todo, condiciona la vida presente, futura, y las actitudes de la humanidad, y cuyo conocimiento proporciona al hombre la motivación de sus actos rituales o morales y al mismo tiempo le da indicaciones sobre los medios para realizarlos¹⁰.

La utilización de elementos de identificación que impregnen la conciencia de los individuos y, más aún, la subconsciencia, serán fundamentales para la manifestación del sentir nacional en la colectividad. Pero también, antes de poner en escena este tipo de cuestiones, resulta necesario valorar las consecuencias derivadas de su manipulación, pues puede tener efectos negativos y perversos para el mismo.

Aceptando los planteamientos de los constructivistas, los padres del nacionalismo elevaron su pensamiento al grado de ideología utilizando la mitología, la lengua, la territorialidad, la religión etc, como medio de persuasión para la incorporación de individuos a la causa nacional en pro de intereses particulares. Recordemos nuestra historia reciente: bretones, escoceses, vascos, etc., cuando izaron el estandarte del nacionalismo a finales de la pasada centuria (siglo XIX) se acogieron a la bandera de la diferencia cultural ante la inminente pérdida de influencia de poder. Parece evidente que las líneas que fundamentaron el tomar para sí ese sentir nacionalista aparecían ocultas en el descontento del devenir de las elites dominantes. La pérdida de influencia y la globalización política cambió el espectro local-regional y los intereses económicos y políticos ampliaron su proyección a un espacio mayor, de manera que las elites locales descendían peldaños de la escalera política. Es en este momento cuando muchos de los “señores locales”, atenazados por la dimensión adquirida del mundo social, ven mermadas sus capacidades de dominación y optan por recurrir al sistema “feudal” resaltando la importancia que tiene la individualidad nacional y, por supuesto,

la individualidad personal. Entonces acometen una política de recuperación de la impronta dejada por épocas pasadas, recuperación de cantos, ritos, costumbres, derechos locales y regionales, etc., donde la aristocracia, la burguesía y el clero vuelven a ocupar los lugares predominantes en la sociedad local, a través del redescubrimiento de las objetivaciones de los valores subyacentes manifestados bajo el principio de “únicos”. Los héroes nacionales¹¹ pasan a ocupar el vacío dejado en la conciencia social y diseñan modelos educativos basados en sus hazañas, llevándoles a internalizar la nueva forma de expresión nacional.

LA EDUCACIÓN: EL RECURSO DE LOS INTELLECTUALES EN LA CREACIÓN DE LA CULTURA NACIONAL

Está muy extendida la opinión que los intelectuales contribuyeron bastante en el despertar nacionalista. A este colectivo social se le han atribuido distintas formas de manifestar ese sentir nacional, pero también debemos decir que su influencia tuvo más repercusión en los primeros pasos del nacionalismo. En los nacionalismos que han permanecido vivos hasta nuestros días encontramos pocos intelectuales que alimenten este sentimiento social, cultural y político excluyente.

Esta implicación de los intelectuales en el proceder nacionalista tiene su raíz en la crisis de identidad sufrida a consecuencia del paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. En este intervalo transitorio, los intelectuales pierden la orientación y estatus en el nuevo sistema social. Algunas tesis apoyan su argumentación en este punto, pero considerar como única esta idea nos lleva a caer en la simplicidad, porque por sí sola no tiene sentido; es necesario entrelazarlas con otras cuestiones como fue la pérdida de influencia política, el desfase con la masa social y, por supuesto, la pérdida de valores ideológicos reductores de la capacidad creativa. El sumativo de factores sumergió a los intelectuales en las profundidades más oscuras del ser. Esta incertidumbre humana fue exteriorizada en todas las artes: pintura, poesía, literatura, pensamiento político, etc. Friedrich¹² lo expone en muchos de sus cuadros *Viajero junto a un mar de niebla*, *Salida de la luna sobre el mar*, otros intelectuales como Rousseau, Sièyès, Fichte, Shillers, Höderling, etc., lo expresan en su género. Esa pérdida de confianza hacia el mundo conllevaba asociada la búsqueda incesante de fórmulas creadoras y de recuperación de su posición en el mundo. En el intento de solucionar su herrumbre, algunos intelectuales recurren al pensamiento kantiano, y optan por imponer como principio regulador la *autonomía de la voluntad* y arguyen como causa de esa incertidumbre la falta de autonomía, y construyen su ideal en la expresión kantiana *el hombre perfectamente moral será aquel cuya voluntad sea pura, y la voluntad será pura si el único fin del hombre es realizar la pureza de la voluntad*¹³. Otros pensadores más imbricados en cuestiones individualistas proyectan su pensamiento

desde una visión existencial intentando dar una explicación transcendental de su propio estar en el mundo. Independientemente de su origen teórico ambos planteamientos llegan a un mismo fin, el nacionalismo. Sin duda, aparecen claras diferencias, los primeros toman el sentir nacionalista desde una postura pragmática y recuperan o inventan formas diferentes de la poesía clásica, óperas y novelas históricas, mitos, costumbres, paisajes locales, etc., es decir, desde la subjetividad implantan una simbología y lenguaje propio. Con esta conceptualización del mundo subjetivo redescubren el yo interno que hasta ahora no habían podido expresar. El otro grupo intelectual planteaba sus aseveraciones desde la órbita dogmática y, en vez de alcanzar la objetivación de la subjetividad de su pensamiento en el mundo, trataba de dar un sentido metafísico a su vida. Este grupo de pensadores serán los artífices del nacionalismo existencial. La característica de su nacionalismo será la existencia humana en el mundo y vendrá determinada por la transcendencia hacia el mundo nacionalista bajo el significado de hacer del mundo mismo el proyecto de las posibles actitudes y acciones del hombre. Los instrumentos que posibilitaran alcanzar este fin último llegarán de la mano de estar en el mundo nacionalista, cuyo significado para el individuo es poder ser a través de cuidarse de las cosas que le acontecen, cambiarlas, modificarlas, manipularlas, construirlas, repararlas; y, en su anticipación, el acto determinará la existencia del mundo nacionalista¹⁴.

En ese intento de dotar a la sociedad de unos valores apelando a la razón y dotándola de un significado humano, los intelectuales intentaron crear un universo donde los individuos no perdieran su significación con el mundo y tomara una dirección de futuro, sin olvidar el pasado, pero viviendo el presente, es decir, tradición, racionalidad y perfeccionamiento. Para alcanzar ese objetivo era necesario apelar a un principio integrador de la sociedad, la identidad cultural. Con este punto de referencia podían lograr que los individuos tomaran conciencia de la nación y, así, generar una identidad cultural colectiva de nación.

LA HERENCIA NACIONALISTA

El nacionalismo que hoy inunda nuestro mundo globalizado no difiere mucho del habido en periodos anteriores, siempre y cuando contextualicemos cada momento social. Digo esto porque la base sustentadora de los nacionalismos ha sido siempre la misma, mantener viva la llama del pasado identitario pero con un objetivo, la dominación a través del poder.

Las distintas manifestaciones sobre la defensa de una etnia, religión, cultura, etc., han venido modificando la actitud de estos colectivos en función de las fluctuaciones económicas, sociales, culturales, políticas, ideológicas, etc. Atendiendo a la coyuntura, a las variables intervinientes y a la historia el nacionalismo

ha pasado por distintos momentos y en cada periodo ha tenido un apogeo y declive. Entre cada espacio temporal se fue incubando un nacionalismo adaptativo a las demandas y necesidades sociales del grupo.

Estas reacciones humanas nos han puesto de relieve los distintos artilugios desplegados por las minorías en defensa de sus valores identitarios. Sin embargo, en muchas ocasiones tomamos como referencia del nacionalismo cuestiones que caracterizan a un grupo desde una imagen étnica o cultural, sin detenernos en que existen otras categorías de clasificación de esta idea. Por esta razón, debemos hablar de dos grados de nacionalismo; de primer orden y de segundo orden. El primero incluye a los nacionalismos que centran sus demandas en cuestiones primarias. Entonces estamos hablando del nacionalismo cultural, étnico y religioso. El nacionalismo de segundo orden asciende un punto en la escala humana, y sus demandas atienden a valoraciones secundarias, y hablamos del nacionalismo económico, orgánico, existencial y excluyente.

Esto no nos debe llevar al enclaustramiento del nacionalismo en estas subdivisiones, porque existe, de hecho, una interconexión de unos nacionalismos con otros, es decir, existe un nacionalismo cultural con rasgos excluyentes, o un nacionalismo religioso amparado en principios económicos. Esta patronización del nacionalismo considera en sí misma los factores prístinos que han hecho posible el nacionalismo afectivo y económico.

Otro punto, continuando con lo anteriormente expuesto, recae en la ubicación y contenidos del nacionalismo según el grado de tratamiento que hagamos de lo nacional. Si los factores que intervienen están referidos a la defensa de los derechos de un grupo minoritario frente a los del grupo mayoritario estamos hablando del concepto de nacionalismo. En cambio, cuando la cuestión contempla la unificación de todos los grupos bajo un mismo estado estamos refiriéndonos a patriotismo. Mientras en el lenguaje común uno no reviste una interpretación negativa, el otro sí. En el fondo del asunto estos dos *ismos* presentan muchos rasgos comunes y los dos en menor cuantía buscan lo mismo, imponer a los individuos una forma de convivencia. Uno utiliza como arma la diferencia, y el otro la integración.

La territorialidad es un elemento al cual se acoge el nacionalismo para delimitar el universo sobre el que bascula el pensamiento de los teóricos. Pero este elemento de intersección entre ambas teorías cambia su sentido y pasa a ser no intersección, en el momento que la identificación no solamente recurre a la territorialidad, sino a otros principios reguladores como el colectivo multicultural, étnico, lingüístico: estamos pasando del nacionalismo al patriotismo¹⁵.

CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha tratado de mantener en esta reflexión, la interpretación que se realice desde el individuo o actor social está sujeta a cuestiones culturales. Esas atribuciones que dan paso a la construcción de una entidad nacional se llevan a cabo por medio de un proceso educativo que ponen en escena los poderes públicos a través de las instituciones.

El problema ante el cual asistimos en las últimas décadas, con el florecimiento de identidades menores en unos casos y mayores en otros, está poniendo de relieve la necesidad de modelos educativos que no sean excluyentes de factores que intervienen en la construcción de identidades. Como señala Baumann “cualquier teoría sobre el multiculturalismo debe cuidarse de asumir erróneamente que la religión, *etnia o lengua*, son una serie de hechos distintos a los demás hechos sociales. Los límites entre religión, *etnia o lengua* y el resto del mundo son un tanto confusos y responden a una serie de intereses políticos, religiosos, *económicos* e incluso académicos¹⁶”.

Las políticas educativas que actualmente se están poniendo en escena olvidan hechos y circunstancias históricas que dieron origen al nacionalismo, que, como se ha manifestado, es una forma de exclusión social. Otras formas de identidad, sea étnica o religiosa, no marchan muy dispares a esta realidad. Aquello que en los años setenta dio lugar a tantos ríos de tinta en los Estados Unidos, el Meeting Pot, ha puesto de manifiesto que construir programas educativos sin realizar un análisis retrospectivo del asunto a tratar, terminará por ser un esfuerzo baldío.

Las políticas educativas interculturales deben construirse sobre sólidas bases de convivencia, en donde los responsables e instructores conozcan la realidad de cada identidad, de manera que permitan que las identidades del intragrupo como la del extragrupo se entremezclen, sin perder cada una la identidad. Esto no implica que se acepte cualquier principio cultural, pues algunos de ellos van contra la propia dignidad humana, sino que se enriquezcan las sociedades.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ DORRONSORO, I. (1993). *Diversidad Cultural y conflicto nacional*. Madrid, Talasa.
- ANDERSON, B. (1983). *Imagined Communities: Reflection on the Original and Spread of Nationalism*. Londres, Verso Edition.
- BARTOLOMÉ, M. (Coord.) (2002). *Identidad y ciudadanía*. Madrid, Narcea.
- BAUMANN, G. (2001). *El enigma multicultural*. Barcelona, Paidós.
- BELLAH, R. (Ed.) (1986). *Hábitos del corazón*. Madrid, Alinaza.

- EIBL-EIBESFELDT, I. (1996). *La sociedad de la desconfianza*. Madrid, Herder.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información*. v. I-II-III, Madrid, Alianza.
- DALH, R. (1992). *La democracia y sus críticos*. Barcelona, Paidós.
- DURAND, G. (1981). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid, Taurus.
- ELIAS, N. (1987). *El proceso de civilización*. Madrid, FCE.
- (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Paidós.
- ELSTER, J. (1996). *Tuercas y Tornillos*. Barcelona, Gedisa.
- GERGEN, K. J. (1992). *The saturated self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*. New York, Basic Books.
- GEERTZ, C. (1991). *La interpretación de la cultura*. Barcelona, Gedisa.
- GELLNER, E. (1985). *Thought and Change*. Londres.
- GOFFMAN, E. (1989). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- HOBSBAWN, E. J. *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica.
- JAVALOY, F. (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Madrid, Prentice Hall.
- KAHN, J. S. (1974). *El concepto de cultura: Textos fundamentales*. Barcelona, Anagrama.
- KENDOURIE, E. (1985). *Nacionalismo*. Madrid, CEC.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (Ed.) (1995). *Culturas, Estados, Ciudadanos*. Madrid, Alianza.
- LEVY, J. T. (2003). *El multiculturalismo del miedo*. Madrid, Tecnos.
- LÓPEZ ALONSO, C. (2001). Fundamentalismos e Identidades nacionales, *Claves de Razón Práctica*, 112, pp. 20-27.
- LUNCH, E. (2001). Sobre la identidad, *Claves de Razón Práctica*, 109, pp. 12-15.
- MALINOWSKI, B. (1965). *A Scientific Theory Culture and Other Essays*. Chapel Hill, Uni. Of North Carolina.
- MASSEY, D. (1994). *Space, place and gender*. Cambridge Press.
- MERTON, R. K. (1980). *Sociología de la ciencia*. Madrid, Alianza.
- NUÑEZ SEIXAS, X. M. (1998). *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- OLIVÉ, L. (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*. México, Paodós.
- SMITH, A. (1997). *Identidad nacional*. Madrid, Trama.
- RUBERT DE VENTOS, X. (1999). *Nacionalismos. El laberinto de la identidad*. Madrid, Espasa.
- TIVEY, L. (Ed.) (1987). *El estado-nación*. Barcelona, Península.
- VALERO MATAS, J. A. (2002). Fundamentalismo e identidad colectiva. *Intersticios*, 16, 157-176.
- VITAL, D. (1975). *The Origins of Zionism*. Oxford, Clartendon Press.
- WEBB, K. (1977). *The Growth of Nationalism in Scotland*. Harmondsworth, Penguin.
- WOOLODARD, A. (1989). *Double Talk: Bilingualism and the Politics of Ethnicity in Catalonia*. Stanford, Stanford University Press.
- YERUSHALMI, Y. H. (1983). *Jewish History and Jewish Memory*. University of Washinton.
- ZAPATA BARRERO, R. (2001). Estados, naciones y ciudadanos. *Claves de Razón Práctica*, 114, pp. 32-36.

NOTAS

- 1 Kottak, C. P. (1994). *Antropología*. Madrid, Mc Graw Hill, pp. 61-62.
- 2 Al respecto ver Olivé, L. (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*, México, Paidós.
- 3 Me refiero a la doble alteridad porque debe existir una realimentación comunicativa respecto de la aceptación, de no ser así, encontramos un rechazo o temor que impide el acercamiento al otro. La negación de la doble alteridad se traduce en una negación del otro, y encontramos en una situación de exclusión que en su caso más extremo nos introduce en la xenofobia y racismo.
- 4 Hablamos de la identidad del grupo porque en la nueva convivencia existían múltiples grupos muy diferentes, y aunque todos daban existencia a la nueva organización político-social, cada uno mantenía activa su identidad.
- 5 Según el diccionario de la RAE.
- 6 Graff, H. J. (1987). *The Legacies of Literacy*. Bloomington, Indian University Press, p. 265.
- 7 Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present*. Londres, Hutchinson Radios, p. 34.
- 8 Gellner, E. (1964). *Thought and Change*. Weidenfeld & Nicolson, Londres, p. 168. El subrayado es nuestro.
- 9 En este aspecto intervendrán posiciones de subjetividad de los individuos que tendrán que evaluar desde la perspectiva de intereses, condicionar su participación en la causa nacional permitiendo a los responsables de la política nacionalista disponer de su propia persona. La no adhesión significará el rechazo del grupo.
- 10 Malinowski, B. (1965). *Myth in Primitive Psychology*. Macmillan: Londres, pp. 21 y ss, la cursiva es mía.
- 11 Es la vuelta al pasado, recuperar la memoria colectiva de la Edad Media y encontrar un principio ordenador de la desestructurada sociedad nacional. Un ejemplo aparece en la arquitectura, donde se intenta recuperar la memoria del pasado, neoclasicismo, neogótico, etc., que vendrá acompañada de una nueva forma de expresión e identificación tomada por los nacionalistas, como la nueva ideología, el nuevo lenguaje y la nueva nación. Para una mayor ampliación sobre el tema ver: SMITH, A. (1997). *Identity National*. Londres, Penguin Books, capítulo 3.
- 12 En la mayoría de su obra, este pintor expresa ese sentir de disconformidad con la sociedad, en la primera de las dos obras apuntadas percibimos un vacío y ruptura con el entorno. El hombre y la mar se unifican en esa desolación, el individuo permanece inamovible esperando que la mar le transmita un sentimiento de esperanza, mientras la mar enarbolada está expresando su malestar con la humanidad. Es decir, aparecen dos sentimientos solapados, el individuo vacío de contenido social observa como la muerte le llama para paliar su angustia (oscuridad del paisaje, traje negro, cerca del precipicio, etc.) y la naturaleza (a través de la mar) parece volverse contra el ser humano. El autor parece indicar de la necesidad de fusión entre la naturaleza y lo humano para sacar al ser humano de la desolación.
- 13 García Moriente, M. (1986). *La filosofía de Kant*. Espasa Calpe, Madrid, p. 157.
- 14 Aunque los dos planteamientos deriven en la búsqueda de un equilibrio del ser. Unos plantean la realidad del mundo desde la practicidad de las cosas, o bien, el sentido material del existir en el mundo socializado. Los existencialistas del nacionalismo trascienden en la consecución de una estructura ontológica que dé sentido a su ser en un mundo negado al propio sujeto. Los dos pensamientos intentan hacer de la conciencia el principal fenómeno del

nacionalismo, con la salvedad de que los primeros lo interpretan de fuera hacia adentro y los segundos a la inversa.

- 15 Aunque esta reflexión nos pueda llevar a entender el patriotismo como un nacionalismo, no lo es. Porque patriotismo tiene elementos comunes con el nacionalismo y puede incluso ser una derivación del otro. No podemos considerarlo como tal, debido a que la aplicación tiene una connotación opuesta.
- 16 BAUMANN, G. (2001). *El enigma multicultural*. Barcelona, Paidós, p. 37.